

Nora Roberts

*Todo lo
que no ves*



El pasado siempre vuelve a buscarte. Se resiste a dejarte ir.

Los Bigelow aparentan ser la familia perfecta: el padre es un respetado cirujano; la madre, una devota ama de casa; y sus hijos, Zane y Britt, los adolescentes más afortunados de Lakeview Terrace, una pequeña comunidad en la cordillera azul de Carolina del Norte. Pero las apariencias engañan y la casa de ensueño de los Bigelow es, en realidad, un infierno del que parece imposible huir.

Años después, Zane conoce a Darby, una mujer hermosa y valiente que se hospeda en uno de los bungalós que alquila su tía Eliza y que, al igual que él, es una superviviente nata.

La atracción que sienten el uno por el otro es innegable, pero, cuando el pasado del que habían creído escapar les alcanza, tendrán que sacar fuerzas de su interior si quieren construir un futuro juntos.

*Para las chicas de Greenbrier:
JoAnne, compañera de entrenamiento;
Kat, dulce Baby Mama;
Laura, organizadora de todo;
Mary, cómplice para ir de compras,
y Sarah, imán espiritual.*

PRIMERA PARTE

La crueldad de las mentiras

La crueldad y el miedo se dan la mano.

HONORÉ DE BALZAC

El maltrato infantil proyecta una sombra que dura toda una vida.

HERBERT WARD

1

Desde fuera, la casa de Lakeview Terrace parecía perfecta con sus tres majestuosas plantas de ladrillo marrón pálido y unas amplias cristaleras con vistas al Reflection Lake y la cordillera Azul. Dos falsas torrecillas coronadas de cobre le añadían un cierto encanto europeo y sugerían riqueza de un modo sutil. Un espeso manto de bonito césped verde ascendía suavemente hasta llegar a un trío de escalones que desembocaba en una amplia galería abierta blanca, con azaleas que en primavera florecían con un color rojo rubí.

En la parte de atrás, un vasto patio cubierto ofrecía un espacio para disfrutar en el exterior, con una cocina de verano y las mismas hermosas vistas del lago. El jardín de rosas, cuidado con mimo, inundaba el lugar con un aroma dulce y sofisticado. En temporada de vacaciones, un barco de casi trece metros de eslora flotaba tranquilamente en el muelle privado. Rosas trepadoras suavizaban los largos tablones verticales de la valla construida para tener algo de intimidad. En el garaje adyacente se guardaban un Mercedes todoterreno y un sedán, dos bicicletas de montaña, el equipo de esquí y ni un solo trasto.

Dentro, los techos eran altísimos. Tanto el salón formal como la sala grande tenían chimeneas enmarcadas con el mismo ladrillo marrón del exterior. La decoración, escogida con muy buen gusto —aunque algunos dirían por lo bajo que era demasiado estudiada—, reflejaba la visión de la pareja que estaba a cargo de todo.

Colores discretos, telas a juego, contemporáneo sin resultar demasiado austero.

El doctor Graham Bigelow compró la parcela en la urbanización de Lakeview Terrace, todavía en proyecto, cuando su hijo tenía cinco años y su hija tres. Escogió los planos que le pareció que encajaban mejor con él y su familia, hizo los cambios y los añadidos necesarios, eligió los acabados, los suelos, los azulejos, los enlosados, y contrató a un decorador.

Su mujer, Eliza, encantada, dejó que su marido se ocupara de la mayoría de las decisiones y elecciones porque, en su opinión, él tenía un gusto impecable.

Si ella tenía alguna idea o sugerencia, él la escuchaba. Y, aunque la mayoría de las veces las rechazaba, explicándole por qué lo que decía no encajaba, sí que incluyó, alguna que otra vez, algo de lo que ella había aportado.

Igual que Graham, Eliza quería la novedad, el prestigio que ofrecía la pequeña y exclusiva comunidad junto al lago en la región de High Country, en Carolina del Norte. Ella había nacido y se había criado en una familia acomodada, pero demasiado tradicional para su gusto; le parecía anticuada y aburrida. Como la casa en la que había pasado su infancia, que estaba al otro lado del lago.

No tuvo ningún problema en venderle su parte de esa vieja casa a su hermana y utilizar el dinero que consiguió para ayudar a amueblar la casa de Lakeview Terrace (¡con todo nuevo!). Por eso le dio el cheque a Graham, que era quien se ocupaba de esas cosas, sin pensárselo dos veces. Y nunca se había arrepentido.

Habían vivido allí muy felices durante casi nueve años, criando a dos hijos inteligentes y brillantes, celebrando cenas, cócteles y fiestas en el jardín. El único trabajo de Eliza, en su calidad de esposa del jefe de cirugía del Mercy Hospital, en la cercana ciudad de Asheville, era estar guapa y bien arreglada, criar bien a sus hijos, asegurarse de que todo estuviera perfecto en la casa, dar fiestas y presidir comités.

Como tenían un ama de llaves cocinera que venía tres veces a la semana, un jardinero que pasaba una vez a la semana y una hermana que estaba encantada de quedarse con los niños, si Graham y ella necesitaban salir una noche o hacer una escapada, Eliza tenía tiempo de sobra para centrarse en su apariencia y su guardarropa.

Nunca se perdía ninguna función en el colegio y, de hecho, había sido la presidenta de la AMPA durante dos años. Asistía a todas las obras de teatro, acompañada por Graham si el trabajo no se lo impedía. Se dedicaba en cuerpo y alma a las recaudaciones de fondos, tanto para el colegio como para el hospital. También acudía a todos los recitales de ballet de Britt desde que la niña cumplió los cuatro años y siempre se sentaba en el centro de la primera fila.

Además, iba a la mayoría de los partidos de béisbol de su hijo Zane. Y si se perdía alguno de vez en cuando, se le perdonaba: cualquiera que haya presenciado la tediosa pesadilla que es un partido de béisbol juvenil lo comprendería.

Aunque no lo admitiría nunca, Eliza prefería a su hija. Britt era una niña preciosa, dulce y obediente. Nunca tenía que insistirle para que hiciera los deberes o para que ordenara su habitación, y la niña era siempre educada. Pero Zane... Eliza veía en él a su hermana Emily. Tenía esa tendencia a discutir siempre o a enfurruñarse, a hacer las cosas a su manera.

Aun así, sacaba buenas notas y en el béisbol siempre estaba en el cuadro de honor. Obviamente, su ambición de llegar a ser profesional no era más que una fantasía adolescente. Iba a estudiar Medicina, como su padre, por supuesto.

Pero, por ahora, el béisbol servía como zanahoria para que todos pudieran evitar el palo. Y si Graham tenía que sacar el palo de vez en cuando para castigar al niño, era

por su bien. Servía para imprimirle carácter, enseñarle límites y asegurarse de que tuviera respeto.

Como le gustaba decir a Graham: «El niño es el padre del hombre, así que tiene que aprender a cumplir las normas desde pequeño».

Dos días antes de Navidad, Eliza iba de vuelta a casa por las calles de Lakeview que acababa de limpiar la quita-nieves. Había pasado unas horas estupendas comiendo con unas amigas y, seguramente, había tomado un poco más de champán del que debería, pero lo había quemado después yendo de compras. El 26 de diciembre la familia iba a ir, como todos los años, a esquiar. O más bien Graham y los niños iban a esquiar, y ella a relajarse en el spa. Ahora podría meter en la maleta un par de botas nuevas preciosas y también algunas prendas de lencería que harían que Graham entrara en calor tras el frío de las pistas.

Miró las casas que iba pasando y su decoración navideña. Pensó que estaban todas muy bonitas porque habían cumplido las órdenes de la asociación de propietarios: nada de papanoeles hinchables horteras en Lakeview Terrace. Sin embargo, su casa destacaba entre las demás, no tenía sentido ser modesta. Graham le había dado carta blanca para la decoración navideña y ella la había utilizado sabiamente. Se dijo que las luces blancas brillarían como estrellas después del anochecer, destacando las líneas perfectas de la casa, adornando, enroscadas entre sus ramas, los abetos en macetas que había en la galería exterior, e iluminando desde el interior las coronas gemelas, con sus cintas rojas y plateadas, que había colocado en las puertas dobles.

Y, por supuesto, llamarían la atención las luces blancas del árbol del salón (de más de tres metros y medio) y sus adornos naranjas y plateados. El otro árbol, el de la sala grande, tenía el mismo patrón de colores en los adornos, pero con ángeles. Y también había decorado con mucho

gusto las repisas de las chimeneas y la mesa del comedor formal, que habían quedado perfectas.

Lo ponían todo nuevo cada año. ¿Qué necesidad había de guardarlo en cajas y almacenarlo si podías contratar a una empresa que te lo alquilaba todo y después se lo llevaba una vez pasadas las fiestas? Nunca entendió el placer que encontraban sus padres y Emily en desenterrar las viejas bolas de cristal y los cutres papanoeles de madera. Sus padres ya tendrían todo eso cuando visitaran su vieja casa y a Emily. En la cena de Navidad, Eliza sería la anfitriona, no podía ser de otra manera. Y después, gracias a Dios, ellos volverían a Savannah y a su jubilación.

Emily era su favorita, pensó mientras pulsaba el botón del mando a distancia de la puerta del garaje. Nadie lo dudaba.

Se sobresaltó al ver que el coche de Graham ya estaba aparcado y miró su reloj. Soltó un suspiro de alivio. No llegaba tarde, sino que él había vuelto a casa pronto.

Encantada, sobre todo porque ese día le tocaba a otra madre recoger a los niños del colegio, aparcó junto al coche de su marido y cogió las bolsas con sus compras.

Fue por la entrada trasera, colgó el abrigo, dobló la bufanda y se quitó las botas antes de ponerse los zapatos planos negros de Prada que llevaba en casa.

Cuando entró en la cocina, se encontró a Graham, todavía con traje y corbata, de pie junto a la isla central.

—¡Has llegado pronto! —Dejó las bolsas en la barra del bar, fue hasta donde estaba él y le dio un beso suave.

Cuando se acercó, notó su olor, tan ligero como el beso que le había dado, a Eau Sauvage, la colonia favorita de Eliza.

—¿Dónde estabas?

—Oh, tenía la comida de Navidad con Miranda y Jody, ¿no te acuerdas? —Señaló vagamente al calendario familiar que había en el rincón—. Y luego hemos pasado el resto de la tarde de compras. —Mientras hablaba, fue hasta la

nevera para sacar una botella de Perrier—. No me puedo creer la cantidad de gente que está todavía haciendo las compras de Navidad, Jody entre ellas —comentó mientras le echaba un poco de hielo de la máquina al vaso y después servía el agua con gas—. En serio, Graham, es que parece que no sabe organizarse...

—¿Crees que me importa una mierda Jody?

Su voz tranquila, suave, casi agradable, activó todas las alarmas en su cabeza.

—Claro que no, cariño. Hablaba por hablar. —Mantuvo la sonrisa en la cara, pero en sus ojos había cautela—. ¿Por qué no te sientas y te relajas? Te relleno la copa y después...

Él estrelló el vaso contra el suelo y el cristal se hizo añicos a los pies de Eliza. Una esquirla le rozó el tobillo y le hizo un leve corte, que le escoció, además, porque el whisky le salpicó la herida.

«La cristalería de Baccarat», pensó con un ligero sofoco.

—¡A ver si me la puedes rellenar ahora! —le escupió él. Ya no estaba tranquilo y sus palabras, que parecían abofetearla, ya no eran suaves ni agradables—. Me he pasado el día con las manos metidas dentro de un ser humano, salvando vidas... ¿y llego a mi casa y me la encuentro vacía?

—Lo siento, yo...

—¿Que lo sientes? —Le agarró fuertemente el brazo y se lo retorció mientras la empujaba contra la encimera—. ¿Sientes no haberte molestado en quedarte en casa? ¿Sientes haberte ido por ahí a malgastar tu tiempo y mi dinero en comer, comprar y cotillear con esas estúpidas zorras mientras yo me pasaba seis horas en el quirófano?

A Eliza empezó a faltarle el aire y el corazón se le aceleró.

—No sabía que ibas a llegar pronto a casa. Si me hubieras llamado, habría venido directa a casa.

—¿Ahora tengo que informarte de lo que hago?

Ella apenas oyó el resto de las palabras que le espetó —*desagradecida, respeto, deber*—, pero ya conocía esa mirada suya de ángel vengador. Con su pelo rubio oscuro, perfectamente peinado, su cara atractiva enrojecida por la rabia. La ira en esos ojos azules tan fríos que congelaban.

El sofoco se convirtió en corrientes eléctricas.

—¡Estaba en el calendario! —Su voz sonó muy aguda—. Y te lo dije esta misma mañana.

—¿Crees que tengo tiempo para tu ridículo calendario? Tienes que estar en casa cuando yo entre por la puerta, ¿me has entendido? —La estrelló contra la encimera otra vez y un relámpago de dolor recorrió la columna de Eliza—. Yo soy el que te ha dado todo lo que tienes. Esta casa, la ropa que llevas, la comida que comes. Y pago a alguien para que cocine y limpie ¡para que tú estés disponible para mí cuando yo lo diga! Así que más te vale que estés en casa cuando entre por esa puerta. Y te abrirás de piernas cada vez que quiera follarte.

Y, para enfatizar sus palabras, apretó contra ella su erección.

Eliza le dio una bofetada a pesar de que sabía lo que vendría después, o tal vez justo por eso.

Y entonces la ira pasó del frío al calor. Él sonrió y hundió el puño en su vientre.

Nunca le pegaba en la cara.

Con catorce años, Zane Bigelow estaba dedicado en cuerpo y alma al béisbol. También le gustaban las chicas y, sobre todo, le gustaba verlas desnudas en el ordenador desde que su amigo Micah le había enseñado a saltarse el control parental, pero el béisbol seguía siendo su interés principal. El número uno.

Era alto para su edad, y un poco desgarbado. Estaba deseando acabar el instituto y que lo descubriera un ojeador de los Baltimore Orioles... Aunque le valía cualquier

equipo de la Liga Americana, ese era su preferido. El número uno absoluto. Jugaría de campocorto; el increíble Cal Ripken ya se habría retirado para entonces. Además, Iron Man Ripken jugaba en la tercera base.

Esa era la única ambición de Zane. Bueno, y ver desnuda a una chica de verdad, o sea, a una de carne y hueso.

Mientras la señora Carter, la madre de Micah, los llevaba a casa en su todoterreno Lexus tras recogerlos en el colegio, no había nadie que estuviera más contento que Zane Bigelow. Aunque en el coche sonara Cher cantando sobre la vida después del amor. Todavía no le llamaban demasiado la atención los coches, solo tenía los conocimientos innatos propios de un chico joven, y prefería el rap —aunque no podía ponerlo en su casa—, pero aun con Cher sonando, con su hermana y las otras niñas chillando sin parar sobre cosas de la Navidad y con Micah enfrascado en el *Donkey Kong* que tenía puesto en su Game Boy —Micah deseaba desesperadamente que por Navidad le regalaran una Game Boy Color—, Zane estaba en lo más alto de la escala de felicidad.

¡Diez días enteros sin clase! Ni siquiera pensar en que le iban a obligar a esquiar —que no era su deporte favorito, sobre todo porque su padre no dejaba de recordarle que su hermana pequeña esquiaba mucho mejor que él— le estropeaba el humor. Diez días sin matemáticas, a las que odiaba tanto como a la ensalada de espinacas, y eso era mucho.

La señora Carter aparcó para que saliera Cecile Marlboro. En ese momento se produjo la habitual recolocación, recogida de las mochilas y grititos de las niñas. Y todas tenían que despedirse con un abrazo, por lo de las vacaciones de Navidad. A veces también tenían que abrazarse al despedirse porque, quién sabe, era martes o alguna otra cosa. Él nunca lo entendía.

Todo el mundo se deseó feliz Navidad —cuando dejaron a Pete Greene le dijeron «felices vacaciones», porque

era judío— y siguieron su camino.

«Ya casi hemos llegado», pensó Zane mientras miraba las casas pasar. Su plan era prepararse algo de comer y después, como no tenía deberes ni que estudiar las malditas matemáticas, encerrarse en su habitación y pasarse una hora jugando al *Triple Play* en la PlayStation.

Sabía que Lois —que tenía libre hasta *après ski*— tenía previsto hacer lasaña antes de irse para pasar las vacaciones con su familia. Y la lasaña de Lois estaba buenísima. Mamá tendría que encender el horno para calentarla, pero hasta ahí llegaba.

Y había algo aún mejor: la abuela y el abuelo llegaban desde Savannah al día siguiente. Él preferiría que se quedaran en su casa en vez de en la de su tía Emily, pero iba a coger la bicicleta mañana para ir hasta la vieja casa del lago y pasar allí un rato con ellos. A lo mejor convencía a Emily de que hiciera galletas, aunque seguro que no se hacía mucho de rogar.

Y después vendrían todos a cenar a casa en Navidad. Mamá no tendría ni que encender el horno para eso; la preparaba un servicio de *catering*.

Después de la cena, Britt tocaría el piano —a él se le daba fatal, una cosa más por la que su padre le lanzaba pullas regularmente— y todos cantarían. Era cursi, muy cursi, pero a él le gustaba. Además, Zane cantaba bastante bien, así que no había menosprecios por eso.

Cuando el coche aparcó delante de su casa, Zane chocó el puño contra el de Micah.

—Feliz Navidad, tío.

—Igualmente, tío —respondió Micah.

Mientras Britt y Chloe se abrazaban como si no fueran a verse en un año, Zane salió del coche.

—Feliz Navidad, Chloe. Feliz Navidad, señora Carter, y gracias por traernos.

—Feliz Navidad, Zane. Y de nada, ya sabes que siempre es un placer —respondió con una sonrisa mientras le mira-

ba a los ojos. Era muy guapa para ser una madre.

—Gracias, señora Carter, y feliz Navidad —exclamó Britt casi cantando—. ¡Te llamo, Chloe!

Zane se colgó la mochila de un hombro mientras Britt salía del coche.

—¿Y para qué la vas a llamar? ¿Qué más tenéis que contaros? Si no os habéis callado ni un segundo en todo el camino a casa.

—Tenemos muchas cosas de que hablar.

Britt, a la que le sacaba más de una cabeza, compartía con él el color de pelo y de ojos. Ambos tenían el pelo oscuro —Britt lo llevaba casi hasta la cintura y sujeto con unos pasadores con forma de reno— y los mismos ojos verdes y brillantes. Ella todavía tenía la cara redonda e infantil, mientras que la de él se había vuelto angulosa. Emily le había dicho que era porque estaba creciendo. Pero todavía no tenía nada que afeitarse, ni mucho menos, aunque lo comprobaba todos los días.

Como su hermano mayor, Zane se sentía en la obligación de chingar a Britt.

—Pero si luego en realidad no decís nada. Estáis en plan: «Oooh, Justin Timberlake» —Y después hizo ruidos de besos. Britt se sonrojó.

Él sabía que Timberlake era su amor adolescente, supuestamente secreto.

—Cállate.

—Cállate tú.

—No, cállate tú.

Siguieron con el tira y afloja hasta que llegaron a la galería exterior y, en ese momento, se callaron y solo intercambiaron miradas hostiles porque los dos sabían que, si entraban en casa discutiendo y su madre los oía, tendrían que soportar un sermón infinito.

Zane sacó su llave. Su padre había ordenado que la casa estuviera siempre cerrada, tanto si había alguien dentro como si no. En cuanto la puerta se abrió, lo oyó.

La hostilidad desapareció al instante de la cara de Britt, abrió mucho los ojos, que se le llenaron de miedo y de lágrimas, y se tapó las orejas con las manos.

—Ve arriba —le dijo Zane—. Directa a tu cuarto. Y quédate allí.

—Le está haciendo daño otra vez. Le está haciendo daño.

En vez de ir a su habitación, Britt entró en el salón grande corriendo y se quedó allí de pie, tapándose las orejas.

—¡Parad! —chilló—. ¡Parad, parad, parad, parad!

Zane vio un rastro de sangre en el suelo. Su madre había intentado alejarse arrastrándose. Tenía el suéter desgarrado y le faltaba un zapato.

—¡Id a vuestros cuartos! —gritó Graham mientras agarraba a Eliza por el pelo y la obligaba a levantarse—. Esto no es asunto vuestro.

Pero Britt no paró de chillar, ni siquiera cuando Zane intentó tirar de ella para sacarla de allí. Entonces él vio los ojos llenos de odio de su padre cambiar de objetivo y fijarse en su hermana. Y en su interior surgió un miedo nuevo, ardiente, que lo consumió todo.

No le dio tiempo a pensarlo, se movió sin tener ni idea de lo que iba a hacer. Apartó a su hermana e interpuso su cuerpo, el de un niño delgaducho que todavía no había crecido lo bastante, entre ella y su padre. E, impulsado por ese ardor, cargó contra él.

—¡No te acerques a ella, hijo de puta!

Impactó directamente contra Graham. Y fue la sorpresa, más que la fuerza del golpe, lo que hizo que este tuviera que retroceder un paso.

—¡Que no te acerques, joder!

Zane no lo vio venir. Tenía catorce años y las únicas peleas en las que había participado habían consistido en unos cuantos empujones e insultos. Sí había sentido antes el impacto del puño de su padre, en el estómago, a veces en los riñones... Donde no se veía. Pero, esta vez, los golpes se